

# 1

*Noviembre de 2010*

Carl había oído hablar de los sucesos de la noche por la radio de la Policía al salir del adosado de Allerød camino del trabajo. En circunstancias normales nada le habría interesado menos que lo que atañía al trabajo de la Brigada Antivicio, pero aquello parecía diferente.

La propietaria de una agencia de señoritas de compañía había sido atacada con ácido sulfúrico en su piso de Enghavevej, y en la unidad de quemados del Hospital Central no les faltó trabajo.

Buscaban testigos, pero de momento sin resultado.

Ya habían interrogado a un montón de lituanos desaliñados, pero a medida que transcurría la noche iba quedando claro que el autor solo podía ser uno de los sospechosos, a quien no pudieron atrapar. Faltaban pruebas. La mujer atacada declaró cuando la ingresaron que no podría identificar al autor, y ahora tendrían que soltar a todos.

Aquello le sonaba a conocido.

Coincidió con el Témpano de Halmtorvet, Brandur Isaksen, de la comisaría del centro, mientras atravesaba la calle Politortv camino del aparcamiento.

—¿Qué...? ¿Sales a incordiar al personal? —gruñó Carl al pasar junto a él. Y va el idiota y se para, como si Carl hubiera esperado una respuesta.

—Esta vez le ha tocado a la hermana de Bak —le comunicó Isaksen con frialdad.

Carl le dirigió una mirada nebulosa. ¿De qué coño le hablaba?

—Qué putada —respondió; siempre quedaba ese recurso.

—¿No has oído hablar del ataque de Enghavevej? La chica no tiene buen aspecto —continuó—. Los médicos del Hospital Central no han dado abasto esta noche. Oye, tú conoces bastante a Børge Bak, ¿verdad?

Carl echó la cabeza atrás. ¿Børge Bak? ¿Que si se conocían? ¿El subcomisario del Departamento A que primero pidió la excedencia y después la jubilación anticipada? ¿Aquel hipócrita cabrón?

—Éramos tan amigos como podemos serlo tú y yo —se le escapó a Carl por la comisura de los labios.

Isaksen asintió en silencio, cabreado. Desde luego, el amor mutuo que se profesaban no resistiría el aleteo de una mariposa.

—¿Conoces a la hermana de Børge, Esther Bak? —preguntó.

Carl miró hacia el pórtico, donde Rose se acercaba a paso corto con un bolso del tamaño de una maleta colgado del hombro. ¿Qué diablos había pensado? ¿Pasar las vacaciones en el despacho?

Sintió que Isaksen seguía su mirada, y dejó de observarla.

—No la conozco, pero tiene una casa de putas, ¿no? —respondió—. Ese terreno es más tuyo que mío, así que no quiero saber nada.

Las comisuras de los labios de Isaksen cedieron a la ley de la gravedad.

—Ya puedes imaginarte que Bak va a venir a Jefatura a meter las narices.

Carl dudó. ¿Acaso no había dejado Bak la Policía porque detestaba su trabajo y detestaba ir a Jefatura?

—Pues será bienvenido de todo corazón —declaró—. Pero que no baje a mis dominios.

Isaksen pasó los dedos por su pelo alborotado, negro como el carbón.

—No, claro. Ahí abajo bastante trabajo tienes con cepillarte a esa, ¿verdad?

Giró la cabeza en dirección a Rose, que desaparecía por la escalera.

Carl sacudió la cabeza. Isaksen podía irse a tomar por saco con su basura. ¡Cepillarse a Rose! Prefería entrar de monje en un convento de Bratislava.

—Carl —anunció treinta segundos más tarde el agente de la cabina de entrada—. La psicóloga esa, Mona Ibsen, ha dejado esto para ti.

Y le pasó un sobre gris por la puerta, como si fuera el acontecimiento del día.

Carl lo miró extrañado. Bueno, tal vez lo fuera.

El agente de guardia se sentó.

—Me han dicho que Assad ha entrado a las cuatro de la mañana. Desde luego, se toma su tiempo para sus cosas, ya lo creo. ¿Está planificando un ataque terrorista en Jefatura, o qué?

Y se echó a reír, pero se calló al ver la mirada plomiza de Carl.

—Pregúntaselo a él —respondió Carl, y pensó en la mujer que habían detenido en el aeropuerto solo por pronunciar la palabra «bomba». Un lapsus de dimensiones de primera plana, sin duda.

En su opinión, aquello era mucho peor.

Ya en el último peldaño de la escalera circular se dio cuenta de que Rose tenía un buen día. Lo golpeó un pesado aroma a clavo y jazmín, que le recordó a la vieja de Øster Brønderslev que pellizcaba en el culo a los hombres que no la miraban. Cuando Rose olía así le entraba a uno dolor de cabeza, y por una vez no se debía a su mala leche.

Assad sostenía la teoría de que era un perfume heredado, pero otros decían que esas mezclas empalagosas podían comprarse aún en ciertas tiendas indias a las que no interesaba que los clientes volvieran.

—Hola, Carl, ¡entra un momento! —gruñó Rose desde su despacho.

Carl suspiró. ¿Qué querría ahora?

Caminó con paso vacilante junto al caos de Assad, metió la nariz en el despacho aséptico de Rose y enseguida se fijó en el enorme bolso que había visto antes. Al parecer, el perfume de Rose no era lo único inquietante aquel día. Estaba también el montón de papeles que sobresalían del bolso.

—Eh... —empezó con cuidado, señalando los papeles—. ¿Qué es eso?

Ella lo miró con aquellos ojos rodeados de carbón que anunciaban problemas.

—Unos casos antiguos que llevan todo el año sobre los escritorios de las jefaturas de distrito. Los casos que no nos pasaron la primera vez. Una de esas chapuzas en las que eres especialista.

Acompañó la última sugerencia con un gruñido gutural que quizá podría interpretarse como una carcajada.

—Las carpetas se entregaron por equivocación en el Centro Nacional de Inteligencia. Las traigo de allí.

Carl arqueó las cejas. Más casos. ¿Por qué diablos sonreía Rose?

—Sí, claro, ya sé en qué estás pensando: que es la noticia mala del día —se le adelantó ella—. Pero es que no has visto esta carpeta. No la he traído del CNI: estaba encima de mi silla cuando he entrado.

Le entregó una carpeta de cartón gastada. Estaba claro, quería que la hojeara de inmediato; pero en eso se equivocaba. A las malas noticias no se les podía hincar el diente sin más antes del cigarrillo de la mañana; además, las cosas debían transcurrir en su debido orden. Joder, acababa de llegar.

Sacudió la cabeza, entró en su despacho, arrojó la carpeta encima de la mesa y el abrigo sobre la silla del rincón.

El despacho olía a cerrado, y el tubo fluorescente parpadeaba más que de costumbre. Los miércoles solían ser los días más difíciles de sobrellevar.

Luego encendió el cigarrillo y trotó por el pasillo hasta el armario de las escobas de Assad, que presentaba el aspecto habitual. La alfombra de orar desenroscada en el suelo y una densa neblina de vapor de agua de mirto. El transistor sintonizado en algo que podría parecerse al grito de apareamiento del delfín mezclado con un coro de gospel reproducido en un magnetofón con la correa motriz floja.

Estambul a la carta.

—Buenos días —saludó Carl.

Assad giró lentamente la cabeza hacia él. Un amanecer en Kuwait no podía haber sido más rojo que el imponente órgano olfativo de su pobre ayudante.

—Santo cielo, Assad, no tienes buen aspecto —indicó Carl, retrocediendo un paso ante semejante espectáculo. Si la gripe iba a reinar en aquellas profundidades, tendría que hacer una excepción con su cuerpo.

—Llegó ayer —informó Assad, sorbiéndose los mocos. Había que buscar bien para encontrar unos ojos perrunos tan tristes.

—Vete a casa, pero ya —dijo Carl, cuando salía por la puerta. Aquella conversación no tenía por qué durar más. De todas formas, Assad no solía obedecer.

Carl regresó a la zona segura, puso las piernas sobre el escritorio y sopesó, por primera vez en su vida, si no sería un buen momento para un vuelo chárter a Gran Canaria. Dos semanas bajo la sombrilla con una Mona ligera de ropa al lado; no estaría mal, ¿eh? La gripe ya podía asolar cuanto quisiera las calles de Copenhague.

Sonrió al pensarlo, sacó el sobrecito de Mona y lo abrió. Casi bastaba con el perfume. Delicado y sensual, un resumen de Mona Ibsen. Lejos del sobrecargado bombardeo sensorial de Rose.

«Cariño mío», empezaba.

Sonrió. No se habían dirigido a él con tanta dulzura desde la vez que estuvo ingresado en el hospital de Brønderslev con

seis puntos en el costado y el apéndice en un tarro de mermelada.

*Cariño mío:*

*Esta noche ganso de San Martín en mi casa a las 19.30, ¿vale? Tienes que ponerte la chaqueta y traer el tinto. Ya me encargo yo de las sorpresas.*

*Besos,*

*Mona.*

Carl sintió calor en sus mejillas. ¡Vaya mujer!

Cerró los ojos, dio una intensa calada al cigarrillo y trató de encontrar imágenes para la palabra «sorpresas». No eran imágenes para todos los públicos.

—¿Qué haces sonriendo con los ojos cerrados? —retumbó una voz por detrás—. ¿No vas a abrir la carpeta que te he dado?

Rose estaba en el vano de la puerta, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada. Así que no iba a moverse hasta que él reaccionara.

Carl aplastó el cigarrillo y echó mano a la carpeta. Más le valía quitarse aquello de encima; de lo contrario, Rose iba a seguir allí de pie hasta tener los brazos bien anudados.

Eran diez folios descoloridos del juzgado de Hjørring. Se dio cuenta de qué era desde la primera página.

¿Cómo diablos había aterrizado aquel caso en la silla de Rose?

Dirigió una mirada rápida a la primera página. Sabía de antemano en qué orden venían las frases. Verano de 1978. Un hombre ahogado en el riachuelo de Nørre Å. Propietario de una fábrica de maquinaria pesada, apasionado de la pesca deportiva, y lo que eso suponía de pertenencia a diversos clubes. Cuatro huellas de pie frescas en torno a la silla de pescar y la bolsa gastada. No faltaba nada de su equipo: carrete Abu y cañas de quinientas coronas cada una. Buen tiempo, nada anormal en la autopsia. Ningún fallo cardíaco ni infarto. Simple ahogamiento.

Si no fuera porque el agua apenas alcanzaba setenta centímetros de profundidad en el lugar donde lo encontraron, se habría despachado desde el principio como un accidente.

Pero lo que había llamado la atención de Rose no era la muerte, Carl ya lo sabía. Tampoco que nunca se hubiera esclarecido y, por tanto, fuera de lo más natural que lo tuvieran en el sótano. No, era el hecho de que en el expediente policial se incluían una serie de fotos, y que el careto de Carl aparecía en dos de ellas.

Suspiró. El hombre ahogado se llamaba Birger Mørck, y era su tío paterno. Un hombre jovial y generoso a quien admiraban tanto su hijo Ronny como Carl, y por eso iban de muy buena gana de excursión con él. Exactamente como hicieron aquel día para aprender los misterios y trucos de la pesca.

Pero un par de chicas de Copenhague habían atravesado toda Dinamarca y se acercaban a su destino en Skagen con sus finas camisetas sugerentemente empapadas de sudor.

Y la visión de aquellas dos rubias marchosas que se afanaban colina arriba fue como un aldabonazo para Carl y su primo Ronny, que dejaron las cañas y atravesaron el prado corriendo como terneros que ponen la pezuña en la hierba por primera vez en su vida.

Cuando dos horas más tarde volvieron al riachuelo con los contornos de las camisetas ajustadas de las chicas impresos para siempre en sus retinas, Birger Mørck ya había muerto.

Tras muchos interrogatorios y sospechas, la Policía de Hjørring renunció a seguir con el caso. Y pese a que nunca encontraron a las dos chicas de Copenhague, que eran la única coartada de los dos jóvenes, Ronny y Carl se libraron de más demandas. El padre de Carl pasó unos meses cabreado y desesperado, pero el caso no tuvo mayores consecuencias.

—No estabas tan mal entonces, Carl. ¿Cuántos años tenías?  
—se oyó la voz de Rose por la puerta entreabierta.

Carl dejó caer la carpeta en la mesa. No le apetecía nada que le recordaran aquellos tiempos.

—¿Cuántos años? Yo tenía diecisiete, y Ronny veintisiete.  
—Lanzó un suspiro—. ¿Tienes la más remota idea de por qué ha vuelto a salir a la luz el caso de repente?

—¡¿Que por qué?!—Rose se golpeó la cabeza con nudillos afilados como lanzas—. ¡Despierta, príncipe azul! Es lo que solemos hacer, ¿no? ¡Investigar antiguos casos de asesinato sin resolver!

—Sí. Pero, para empezar, ese caso fue catalogado de accidente, y además no ha crecido por generación espontánea en tu silla, ¿verdad?

—¿Qué quieres? ¿Que pregunte en la comisaría de Hjørring por qué ha aterrizado aquí y ahora?

Carl alzó las cejas. ¡Pues claro!

Rose giró sobre sus talones y chacoloteó hacia su propio coto. Había captado la señal.

Carl se quedó mirando al vacío. ¿Por qué coño tenía que volver a salir aquel caso? Como si no hubiera causado ya suficientes problemas.

Observó de nuevo la foto de Ronny y él, y después empujó la carpeta hacia un montón de otros casos. El pasado era el pasado y el presente, el presente, nada podía cambiarlo; y cuatro minutos antes había leído el mensaje de Mona en el que lo llamaba «Cariño mío». Había prioridades.

Sonrió, sacó el móvil del bolsillo y observó cabreado el diminuto teclado. Si enviaba un *sms* a Mona, tardaría diez minutos en escribirlo, y si la llamaba por teléfono podía esperar otro tanto hasta que ella respondiera.

Suspiró y empezó a escribir el mensaje. Sin duda, la tecnología de los teclados de móvil la había creado un pigmeo con dedos del tamaño de un macarrón, y los nórdicos normales de talla mediana debían de sentirse al hacerlo como hipopótamos tocando la flauta dulce.

Después observó el resultado de sus esfuerzos, y con un suspiro pasó por alto una serie de errores tipográficos. Mona ya entendería el contenido: su ganso de San Martín había recibido una buena acogida.

Cuando apartó el móvil, una cabeza apareció en el hueco de la puerta.

Desde la última vez, se había cortado los tristes mechones que le cubrían la calva, y su chaqueta de cuero había pasado por la tintorería, pero el hombre de su interior seguía tan arrugado como siempre.

—¡Bak! ¿Qué coño haces aquí? —preguntó por automatismo.

—Como si no lo supieras —respondió el hombre, a quien la falta de sueño le colgaba del rabillo del ojo—. Estoy a punto de perder los estribos. ¡Por eso!

Se dejó caer en la silla de enfrente, pese a los gestos de rechazo de Carl.

—Mi hermana Esther nunca volverá a ser la misma. Y el cabrón que le lanzó ácido a la cara está en un sótano de Eskildsgade partiéndose el culo de risa. Comprenderás que, como antiguo policía que soy, no estoy orgulloso de que mi hermana lleve una casa de putas, pero ¿crees que ese cabronazo va a irse de rositas después de lo que ha hecho?

—No tengo ni idea de por qué vienes aquí, Bak. Habla con los de la comisaría del centro, o por lo menos con Marcus Jacobsen o alguno de los otros jefes de departamento, si es que estás descontento con la marcha del caso. No suelo ocuparme de casos de violencia ni de los de la Brigada Antivicio, ya lo sabes.

—He venido para pedirlos a ti y a Assad que me acompañéis para obligar a confesar a ese hijoputa.

Carl notó que las arrugas de su frente se acentuaban. ¿Estaba majara el tío?

—Te ha llegado un caso nuevo, pero seguro que ya te has dado cuenta —continuó Bak—. Lo he traído yo. Me lo dio hace unos meses un viejo colega de Hjørring. Lo he dejado en el despacho de Rose por la noche.

Carl miró al tipo mientras sopesaba las posibilidades. Por lo que veía, se reducían a tres.

Levantarse y plantarle un yunque en la jeta era una posibilidad. Una patada en el culo, otra; pero Carl eligió la tercera.

—Sí, la carpeta está ahí —le hizo saber, señalando con el dedo el infierno de papel de la esquina del escritorio—. ¿Por qué no me la has dado a mí? Habría sido más decente.

Bak esbozó una sonrisa.

—¿Desde cuándo ha habido decencia entre nosotros? No, no. Solo quería asegurarme de que alguna otra persona viera el caso, para que no desapareciera de pronto, ¿vale?

Las otras dos posibilidades volvieron a asomar. Menos mal que aquel imbécil ya no andaba por allí a diario.

—He guardado la carpeta hasta que se ha presentado el momento oportuno. ¿Entiendes?

—Ni por el forro. ¿Qué momento?

—¡Necesito tu ayuda!

—No pensarás que voy a machacarle el cráneo al supuesto delincuente porque me paseas por las narices un caso de hace treinta años. Y ¿sabes por qué?

Carl fue levantando un dedo por cada afirmación que hacía.

—*¡Primero!* El caso ha prescrito. *¡Segundo!* Fue un accidente. Mi tío se ahogó. Debió de ponerse mal y caer al lago, y esa fue la conclusión que sacaron los investigadores del caso. *¡Tercero!* Yo no estaba allí cuando sucedió, y tampoco mi primo. *¡Cuarto!* A diferencia de ti, soy un poli decente que pasa de maltratar a sospechosos.

Carl se quedó un rato con la última frase en la punta de la lengua. Que él supiera, Bak no podía tener ninguna prueba de lo contrario. Al menos era lo que parecía expresar su rostro.

—*¡Y quinto!* —Carl extendió todos los dedos y después cerró el puño—. Si de mí dependiera, diría que todo esto es cosa de cierto señor que juega a policía aunque ya no lo es.

Las patas de gallo de Bak desaparecieron.

—Vale. Pero déjame decirte que a uno de los antiguos colegas de Hjørring le gusta viajar a Tailandia. Dos semanas en Bangkok, todo incluido.

¿Qué coño me importa a mí eso?, pensó Carl.

—Parece ser que también le gusta a tu primo Ronny, a quien también le gusta empinar el codo —continuó Bak—. Y ¿sabes qué, Carl? Cuando tu primo Ronny bebe más de la cuenta, le da por hablar.

Carl reprimió un profundo suspiro. Ronny, ¡valiente payaso! ¿Volvía a tener problemas? Hacía al menos diez años que no se veían: fue en una desacertada confirmación, en Odder, en la que Ronny no se cortó un pelo en el bar, ni con la bebida ni con las camareras. Tampoco habría mucho que objetar, si no fuera porque una de ellas tenía demasiadas ganas y además, y no es moco de pavo, era menor de edad y hermana del confirmando. El escándalo no fue para tanto, pero quedó como una espina clavada en la rama familiar de Odder. No, Ronny no era hombre de muchas luces.

Carl agitó la mano a la defensiva. ¿Qué coño le importaban a él las movidas de Ronny?

—Pues nada, hombre, ve donde Marcus y cuéntale lo que quieras, Bak, pero ya lo conoces. Te va a decir lo mismo que te he dicho yo. No se pega a los sospechosos, y no se amenaza a antiguos colegas con viejas historias como esta.

Bak se arrellanó en el asiento.

—Pues en ese bar de Tailandia, y delante de testigos, tu primo fanfarroneó de haber matado a su padre.

Carl entornó los ojos. No le parecía muy creíble.

—Vaya, así que dijo eso. ¡Pues la priva debe de haberle comido el seso! Pero denúncialo, si te parece. Yo ya sé que es imposible que ahogara a su padre. Precisamente porque estaba conmigo.

—Y declaró que tú lo ayudaste. Qué simpático, tu primo.

Las arrugas de la frente de Carl cayeron lentamente hacia la nariz, mientras se levantaba y tomaba aire con parsimonia.

—¡Ven un momento, Assad! —gritó con todos sus pulmones a la cara de Bak.

No habían pasado diez segundos cuando el pobre enfermo apareció en la puerta sorbiéndose los mocos.

–Querido Assad, atacado por la gripe. ¿Quieres tener la amabilidad de toser a este idiota? Aspira bien de aire.

–¿Qué más había en el montón de nuevos casos, Rose?

Rose parecía estar pensando en recoger todo aquello y plantárselo en el regazo, pero Carl sabía con quién se jugaba los cuartos. Algo había atraído la atención de Rose.

–El caso de la madame de chicas de compañía que fue atacada anoche me ha hecho pensar en otro que nos acaba de llegar de Kolding. Estaba en el montón que he ido a buscar al Centro Nacional de Inteligencia.

–¿Ya sabes que esa a la que llamas «madame de chicas de compañía» es hermana de Bak?

Rose hizo un gesto afirmativo.

–A él no lo conozco, pero aquí dentro los rumores se extienden como la pólvora. Es el que ha estado antes, ¿no?

Palmeó la primera carpeta del montón y la abrió con sus uñas esmaltadas de negro.

–Atiende bien, Carl; si no, vas a tener que leerte todo el tocho.

–Vale, vale –aceptó él, mientras su mirada se deslizaba por el despacho minimalista gris y blanco. Casi echaba de menos el infierno rosa de su álter ego Yrsa.

–Este caso trata de una mujer llamada Rita Nielsen y de «nombre artístico»... –Rose dibujó unas comillas en el aire– Louise Ciccone. Lo usó en los años ochenta, en los que organizaba unas denominadas –y volvió a hacer el gesto– «danzas eróticas» en clubes nocturnos de la zona de Vejle, Fredericia y Kolding. Condenada varias veces por fraude, y después por proxenetismo. Propietaria de una agencia de señoritas de compañía en Kolding durante los años setenta y ochenta; después desapareció sin dejar rastro en Copenhague, en 1987. Durante la investigación, la Brigada Móvil investigó su desaparición en ambientes porno del centro de Jutlandia y Copenhague, pero

pasados tres meses el caso se archivó, con una observación: contemplaban la posibilidad de que se tratara de un suicidio. Entretanto habían surgido cosas más serias y no pudieron seguir gastando energías en el caso, por lo que pone.

Dejó la carpeta sobre la mesa y se concentró en adoptar una expresión avinagrada.

—Archivado, al igual que archivarán, sin duda alguna, el caso de Esther Bak de esta noche. ¿Has visto quizá a la gente de aquí frenética, tratando de echar el guante al tipo que ha hecho eso a esa pobre mujer?

Carl se alzó de hombros. Lo único frenético que había visto aquella mañana era la cara de cabreo de su hijo postizo Jesper cuando lo despertó a las siete y le dijo que se las arreglara solo para ir al instituto de Gentofte.

—En mi opinión, no había nada que sugiriese tendencias suicidas en ese caso —continuó Rose—. Rita Nielsen se mete en su lujoso Mercedes blanco 500 SEC y se va de casa con toda tranquilidad. A las dos horas es como si la hubiera tragado la tierra; y eso es todo.

Sacó una foto y la arrojó ante él. Era una imagen del coche junto al borde de una acera y desvalijado por dentro.

Menudo cochazo. En aquel capó entraban por lo menos la mitad de las chicas alegres del barrio de Vesterbro envueltas en sus visones de imitación, fruto de duros sacrificios. Nada que ver con su gastado coche patrulla.

—La vieron por última vez el 4 de septiembre de 1987, un viernes, y por los movimientos de su tarjeta de crédito podemos seguir su recorrido desde su domicilio de Kolding, a las cinco de la mañana. Después atraviesa Fionia, donde llena el depósito, se sube al transbordador del Gran Belt y se dirige a Copenhague. Allí compra tabaco en un quiosco de Nørrebrogade a las 10.10. Nadie la ha visto desde entonces. Encuentran su Mercedes unos días más tarde, con la mayor parte del contenido saqueado. Asientos de cuero, rueda de recambio, radio-casete y un montón de cosas más. Se habían llevado hasta el

volante. Solo quedaban un par de cintas y algunos libros en la guantera.

Carl se rascó la barbilla.

—Por aquella época no había muchos establecimientos que tuvieran terminal de tarjeta de crédito, y menos aún un quiosco como el de Nørrebro. ¿Por qué tanto afán por pagar con tarjeta? Seguro que pasaron la tarjeta por un aparato de aquellos para imprimirla y firmar el papel, todo por un birrioso paquete de tabaco. Ostras, se necesita paciencia.

Rose se encogió de hombros.

—Igual no le gustaba el dinero en metálico. Igual no le gustaba el tacto. Igual le encantaba tener el dinero en el banco y dejar que otros pagaran los intereses. Igual solo tenía un billete de quinientas coronas y en el quiosco no tenían cambio, ig...

—Vale, vale. Ya basta. —Carl agitó las manos—. Pero dime: ¿en qué se basaba la teoría del suicidio? ¿Tenía alguna enfermedad grave o era por la economía? ¿Por eso compraba tabaco con tarjeta de crédito?

Rose alzó los hombros dentro de su enorme jersey gris antracita. Seguramente tricotado por Yrsa.

—Sí, no es mala pregunta. De hecho, es extraño. Rita Nielsen, alias Louise Ciccone, era una señora acaudalada, y según su poco envidiable currículum no se dejaba intimidar. Sus «chicas» de Kolding decían que era dura como el acero, una superviviente. Quitaría de en medio al resto del mundo antes que suicidarse, dijo una de ellas.

—¡Hmm!

Una sensación fastidiosa se apoderó de Carl, porque aquello había despertado su interés. Las preguntas iban surgiendo sin parar. Sobre todo lo de los cigarrillos. ¿Compras tabaco antes de suicidarte? Bueno, tal vez sí, para tranquilizar las ideas y el cuerpo.

¡Mierda! Ya estaba el molino dando vueltas en su cabeza. Total, ¿para qué? Si le hincaba el diente a aquello, iba a tener más trabajo del que convenía.

—¿Crees, contra la opinión de muchos de nuestros colegas, que estamos ante un crimen? Pero ¿es que hay algo que indique un homicidio o, para el caso, un asesinato?

Las preguntas quedaron flotando en el aire.

—Aparte de que el caso no está cerrado, solo archivado, ¿qué base tienes para investigar?

Hubo otro movimiento dentro del descomunal jersey. O sea que tampoco ella tenía nada.

Carl miró con fijeza la carpeta. La foto de Rita Nielsen, que estaba sujeta con un clip a la portada, irradiaba una gran fuerza. La parte inferior del rostro era delgada, y las mandíbulas, muy anchas. En sus ojos ardían la obstinación y las ganas de luchar. Era evidente que pasaba del cartel de criminal que colgaba de su pecho. Seguro que no era la primera vez que la fotografiaban para los archivos policiales. No, a las mujeres como ella no las afectaban las condenas de cárcel. Era una superviviente nata, tal como habían dicho las putas de su local.

¿Por qué diablos había de quitarse la vida?

Atrajo la carpeta hacia sí, la abrió y no hizo caso de la sonrisa torcida de Rose.

Una vez más, aquel mamarracho pintado de negro era quien ponía en marcha otro caso.